

«Tenía 14 años y llamé al hospital. Así supe que habían matado a mi padre»

María cuenta por primera vez el asesinato a manos de ETA de su progenitor, el guardia civil Jerónimo Vera, en octubre de 1974 en San Sebastián

JESÚS J. HERNÁNDEZ



María Vera tenía 14 años cuando ETA mató a su padre, Jerónimo, que era sargento de la Guardia Civil y trabajaba en el Servicio de Información. Aquel 29 de octubre de 1974 él tenía que estar en Madrid, «en un curso para el ascenso a teniente. Pero su jefe le dijo que en esas fechas no podía prescindir de él». La vida y sus azares. «Yo creo que todos tenemos un día predestinado. Y aquel era el suyo». María habla hoy por primera vez en un medio de comunicación. Medio siglo de silencio que termina.

A las seis y media de aquel día nefasto llamaron al timbre. «Aparecieron dos compañeros de mi padre llorando y muy nerviosos. Le contaron a mi madre que había habido un tiroteo con unos etarras y que su marido estaba herido y le habían llevado al hospital militar». Ella avisó a los abuelos para que se quedaran con los pequeños. Su hermano Alejandro tenía 10 años. «Pasaban las horas y nadie nos decía nada. Yo siempre he sido muy lanzada para algunas cosas. Cogi el teléfono y marqué el número del hospital militar». Era un centro sanitario pequeño. «Llamaba para preguntar por el estado de un herido que ha entrado hace unas pocas horas», acertó a decir a sus 14 años. Un hombre, con un tono «muy seco», le respondió: «Señorita, aquí no hay ningún herido. Aquí lo que hay es un muerto». Ella colgó sin poder decir palabra. A las 11, su madre volvió a casa y contó a sus hijos lo que ya sabían. «El silencio se podía cortar. Fue un bloqueo total. No podíamos ni llorar».

Jerónimo, de 49 años, había acudido aquel día junto a otros compañeros a un bar de Pasaia



Arriba, Jerónimo posa con Tomi, su esposa, en la Concha.

Abajo, él con sus hijos en la comunión de María. **ÁLBUM FAMILIAR**

siguiendo la pista de un comando etarra. «Alguien les dio el chivatazo de que estaban allí y los etarras entraron disparando. El que estaba el primero, que era mi padre, recibió la primera bala y también hirieron a uno» de los miembros del comando. El miembro de ETA Ignacio Iparraguirre Aseguiñolaza murió en las horas siguientes.

Después de un crimen, hay detalles que se incrustan en la memoria colectiva de las familias. «Supimos después que, si a mi padre no le hubieran trasladado, quizá no hubiera muerto. Al hacerlo, la bala se movió y le seccionó la aorta. Se desangró porque no supieron actuar», lamenta.

Nacido en Murcia y afincado en San Sebastián 25 años antes del crimen, el primer destino de Jerónimo en Gipuzkoa fue Irún. Luego encontró un piso aseguino en San Sebastián y se mudaron. «Mi hermano y yo nunca hemos vivido en casas cuartel», detalla. Si su padre alguna vez tuvo miedo, «nunca lo dijo». Jerónimo Vera fue el tercer guardia civil que mató ETA en Gipuzkoa. Franco no había fallecido todavía. Al funeral de Jerónimo en el Buen Pastor acudieron numerosas autoridades políticas y militares. «Llegaron

muchos generales con estrellas. Mis tíos condujeron desde Murcia toda la noche por aquellas carreteras para asistir. A nosotros no nos llevaron y yo siempre se lo agradecí a mi madre», relata. Los políticos y las autoridades desaparecieron pronto. «Todos se olvidaron; todos perdieron pronto la memoria». Los únicos que siguieron visitándoles fueron «sus compañeros, aunque algunos pidieron el traslado después de lo que había pasado».

La pintura

Jerónimo llegaba a casa, dejaba la pistola sobre el armario, lejos del alcance de los niños, y se convertía en un padre volcado en ayudar en los deberes escolares. «Tenía mucha mano para pintar con carboncillo». Era un hombre serio pero sociable y «era raro el día que no venía a comer o cenar con alguien. Nuestra casa, que no era grande, se convertía en la última cena. Se sacaban unos huevos con txistorra o cualquier cosa». Los suyos sabían bien que era «el perejil de todas las salsas». Cuentan que «ayudaba a todo el mundo que se lo pedía» y que, en la intimidad familiar, «era muy cariñoso».

Tomi, la viuda de Jerónimo, no tuvo apoyo psicológico ni prestación de ninguna clase. «Tardó en cobrar la pensión de viudedad y no percibía nada como víctima. No estaba ni creada la AVT todavía –se fundó 7 años después–. María y su hermano Alejandro «lo

hemos vivido todo esto de forma completamente diferente. Son diferentes edades y caracteres. Yo voy directa y me doy mas batacazos, actúo primero y pienso después. El es más tranquilo». Hasta los 24 años, María escuchó a todos los funerales que se celebraban por las víctimas del terrorismo en San Sebastián.

«Cuando mataron a mi padre, mi compañera de pupitre era la hermana de un etarra que habían detenido dos semanas antes. Nos llevábamos muy bien». Las monjas «nos preguntaron si queríamos separarnos. Los

dos dijimos que no». A María le duele que públicamente aquellas religiosas «no dijeron nada en clase» de la muerte de su padre. «Algunas compañeras han tardado 30 años en decirme «qué mal actuamos entonces» o «cuánto siento que no te dije nada».



LA CLAVE

HISTORIA

«Mi compañera de pupitre era hermana de un etarra. Seguimos siempre juntas hasta terminar el colegio»